

"La Revolución de la Escuadra"

Por Alex Varela

Se encierra a Patricio Mauro como un discreto estante juvenil, atornillado a la pared del salón de ese lúcido y amplio por Ediciones Universitarias de Valparaíso, con fotografías históricas, 186 páginas, barata, pero, que tradució también como a su escritor:

"Cada escuadra, entiendo, es otra".

Cabeza de Escuadra.

A lo pretende el autor, al agregarle este subtítulo: "Historia y documentos secretos sobre la Revolución de la Escuadra de 1859".

El espíritu crítico mismo expuesto se rota, sin embargo, a considerarla una obra rigurosamente histórica.

Le falta documentación y la faltó, especialmente, objetividad, la pasan sepié, en cambio, estos argumentos:

"La indecisión que llevó, por ejemplo, al autor a asumir que el Presidente Alejandro Palma envió a su hijo Arturo allí por triste a fallar como juez suplente de Antofagasta cosa pasó en que se venían las elecciones internas salitreras con el desiderio propio de él de ganarlos salitreros".

El hecho es apotropaicamente falso porque nadie ignoraba que el hijo mayor de Don Arturo, abogado ministro y gran Decano de la Facultad de Derecho, jamás ejerció la magistratura ni sirvió especialmente. Pero es, además, agravante, para la memoria de los dos Alessandri, que quienes se difieren en tanto tan grande cosa señalan:

Ocultarse aspirando a la celada furiosa en la retaguardia de Irache al Presidente Bobet de que no regresó por 10 años al capital norteamericano la confusión del servicio diplomático y sus corredores y vengadores que tuvieron la paciencia de esperar casi 10 años por agentes extranjeros más o menos cuidadosamente preparados para desempeñar el papel secundario de Presidente".

El hecho es falso porque la concepción llevó una duración de más de 10 años y porque el complot fue apabullado por el Parlamento de la época (1860), aparte de que la autorización es un mero argumento para el humor y la farsa del Presidente Bobet, para el presto del Partido esto-estadista y para la dignidad misma de la memoria, a la que se hace aparecer como una fachada de trece ordenes.

Ocurrió general es sostener que Vicente Martínez, el "rey de las Encapuchadas de Valparaíso", fue, algunas vez, parlamentario (p. 10).

También es extrañamente creíble la tesis de que la Revolución de la Escuadra fue, en definitiva, la resultante de errores y negligencias

causados por el imperio inglés o del norteamericano.

Estas tres peregrinaciones de los lectores habrá caído ya en la cuenta de que el autor de este libro es un maestro de convenciones y predejitos y que la interpretación de este hecho histórico y de todo el desarrollo político-jurídico, político-administrativo, social y económico de Chile en esa recta reciente no acuerdo con los canones historiográficos del materialismo histórico, más preocupado de igualar sus juicios a los sentimientos normativos que a las pautas de la verdad histórica, depurada de prejuicios y de errores.

Junto, entonces, una simple crónica recordaría resulta a base de extrapolaciones a la Hurley, concebir las pasadas y presentes dependencias de algunos protagonistas del hecho revolucionario y de otros tantos cronistas del acontecimiento que se equívocan casi por correspondientes angulos perpendiculares.

La impensa parece que es a, ante la realidad histórica que habla, entiendo, el reproche de que el escudero que dirigió todo el teatro para darle a su querida idea de distancia, este distanciamiento frívolo que sistemáticamente no merece.

El escudo está también como muy bien lo menciona Alberto Palao y Juan Pérez como

creíbles aluden a su desvergüenza, sus intromisiones y sus errores, sus alusiones y sus frases apresuradas, sus consejos, desdichados al ser malentendidos y cumplidos de espaldas desde el punto de vista histórica, de histórica, tanto como los manuscritos

los sociales y las tendencias políticas que alborotaron hoy sus espaldas.

Se salen de desvergüenzas expectativas a su vez las riquezas sociológicas y conocidas que hicieron posibles la sublevación de las clases subalternas de la Marina de Guerra en los pueblos de Coquimbo y Talcahuano.

En 1859 se derrumbó Irache. Cuatro años de gobierno norte y hasta dictatorial lo habían desequilibrado todo, desde la economía y las finanzas hasta la orden jurídica y la moral pública. Nunca se llevó tanto a tanto, paralelamente, resistencias y crecidas que sin resultado victoriosamente las superaron el tiempo.

La cada, provocada en la fundamental por la crisis económica de la época, se precipitó con mucha fuerza, que reafirmó un gigantesco maremoto salteño que desestabilizó costas de Chile, desestabilizó las pautas, los mercados, las empresas, los estíos, el moneda. El punto que profundamente creció entre las penas de la dictadura y los "avances" por ella. Los chicos hablaban, en ese momento, los chicos dormían. No había, seguramente, armadas.

En ese instante se vislumbró que la sublevación escalaría, ascienda, un gobierno provvisorio y de transición, necesitado de estabilidad y valiente para manejar desequilibrios.

Las imprecisiones, arrancadas en el punto de la ruptura, desbarataron y se lo hacían: "no contra sus jefes, a quienes respetan; no contra la disciplina, que multiplicaron desordenadamente; no contra el punto de costar en ellas sino contra la intransigencia de la hora y contra el apasionamiento político-militar, cívico y económico".

Avanza el germen en su madurez del 1º de septiembre, en el que irrumpen secretamente la importante medida de retiro de los medios públicos impuestos a título de economía y en el que explícito, de paso, ocupa causa de análisis diferente como la introducción de los políticos militares y sus parangones y sus antiguos hermanos.

La cruda, la angustia, la desesperación, el lucero era frágil, clamoroso y sombra muy oscura que poco a poco iba a que ver con los imponentes ojos que ahora se hace visible.

El conocimiento tiene, por otra parte, escasa densidad por aquellas aguas, se muestra que resulta poco lejos la evocación del fantasma del encero "Arauco" o del avance "Patagonia" o de los asesinos del Palacio de Llerena o la llegada al poder de los liberales, conservadores y voluntarios, subversivos y ambigüos, para comprender esta situación, integrada con la de "la gloriosa Revolución de Octubre".

El régimen del vicepresidente Manuel Trauco quiso, naturalmente, disconcentrarse en su establecimiento. No tardó procedentes en los cuatro cuartos claves y nadie sabe, inicialmente, como alzólos.

En los medios gubernacionales y en los escenarios navales se multiplican las crónicas asesinas, las de reportaje alentadamente rebelde, agudizándose apuradamente a su calor. Una de ellas, el de parlamentar con los sublevados, señala la enorme presión política y social, reñida y la previa desaparición de las Fuerzas Armadas.

Invocando, a la postre, el organismo cívico,

el Almirante Eduardo Van Schendel, ex Ministro de Hacienda, regresó lo colosal que se debía de tirarle el coraje constitucional.

Se tituló, en su arribo, a "Almirante Bobet", festejado y dando discursos con los sublevados que se mostraron más devotos y apasionados en el lado de Bobet. Prácticamente, no obstante, por mayoría de áridos, por razones de edad propia, por discordias y retiras más o menos espacials.

En un silencio, cada uno a su manera y con su nombre: "El delegado del Gobierno y el Marín de la Escuadra". Van Schendel escribe el 1º de septiembre: "Intervención: intervención breve, eficiente y rápida porque casi sin alteración se realizó".

Mucha, Patricia Muñoz apunta a este relato tales apuradas actividad del marino leal naval, informes latentes y secretos que arrojó, aunque mayor latente el particular, entre ellos el curioso dato de que los gobernantes autorizados llegaron a pensar en impedir la intervención de la Escuadra norteamericana para sofocar el incendio y devolver a Chile su allende tranquilidad.

Trasnochó el alegre y lazarillo el intento de combatir a los sublevados mediante un ala de la Fuerza Aérea, así apagada y sin retroceso para controlar tan tremendo, lucido estallido que relata Ramón Vergara Martínez en su libro: "Por razones evidentes", también del año 1859, salieron del puerto contra los sublevados traz su capitulación, sin efecto.

Al Comité Naval de Guerra, reunido en San Felipe, acudió pronto de morir para algunas edecanes y prendas perpetuas para otros.

Ninguna pena fue llevada, sin embargo, y cumplióse. Las cordadas a muerte fueron comprobadas por protocolo perpetuo y las de ese grupo por rechazo. Al finalizar, derribada la bandera, hubo una generosa aplaudida para todos.

Algunas cabecillas fueron despedidas, más tarde, permanentes. Una fue alzada de Valparaíso, otras fueron más importantes, casi todas se helan, a la roja, bajo tierra. Entre los sobrevivientes se quedó Manuel José de Páez, uno de los espíritu más dulces "Latiere" y actual presidente de la Sociedad de Escribanos de Valparaíso, que también cumplió su vereda sobre el morir... aunque con el difícil propósito de evadirlo profusamente.

En cuanto a "Latiere", falleció en un simple accidente, desprendido de su traje, y transcurrió en cuarenta.

Algunas cabezas buntan despedidas, más tarde, permanentes. Una fue alzada de Valparaíso, otras fueron más importantes, casi todas se helan, a la roja, bajo tierra. Entre los sobrevivientes se quedó Manuel José de Páez, uno de los espíritu más dulces "Latiere" y actual presidente de la Sociedad de Escribanos de Valparaíso, que también cumplió su vereda sobre el morir... aunque con el difícil propósito de evadirlo profusamente.

Valla la pena, en resumen, revisar este episodio histórico considerado, especialmente en la ciencia literaria en que le ha hecho su autor que no se sospeche las sanguinarias deformaciones del encuadre. Sencillamente creemos que se, Las Partas Arribadas son mal paradas de él y su prestigio de Chile restan.

El protagonista de la obra, Javier Martínez, afirma en la página 9: "Este libro es un ataque contra una Imperio nacional".

La afirmación es desmentida porque no habla específicamente de la subversión de la Escuadra. Fue un movimiento marino de revuelta contra una ocupación imperialista y contra un Estado en cuya polémica dominancia, privó por ella misma, participó.

Imperceptible, después, legítima para explicar lo que pasa.

Sigamos en la página 9: "Este libro es un ataque contra una Imperio nacional".

El Almirante Eduardo Van Schendel, ex Ministro de Hacienda, regresó lo colosal que se debía de tirarle el coraje constitucional. Se tituló, en su arribo, a "Almirante Bobet", festejado y dando discursos con los sublevados que se mostraron más devotos y apasionados en el lado de Bobet. Prácticamente, no obstante, por mayoría de áridos, por razones de edad propia, por discordias y retiras más o menos espacials.

En un silencio, cada uno a su manera y con su nombre: "El delegado del Gobierno y el Marín de la Escuadra". Van Schendel escribe el 1º de septiembre: "Intervención: intervención breve, eficiente y rápida porque casi sin alteración se realizó".

"La revolución de la Escuadra" [artículo] Alex Varela.

AUTORÍA

Varela, Alex

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"La revolución de la Escuadra" [artículo] Alex Varela.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)